

IGNACIO ALDECOA

THE PROFESSION OF WRITING

TEMPORARY EXHIBITION

18 / 12 / 2025
14 / 06 / 2026

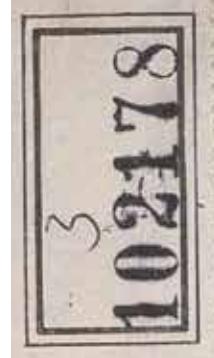
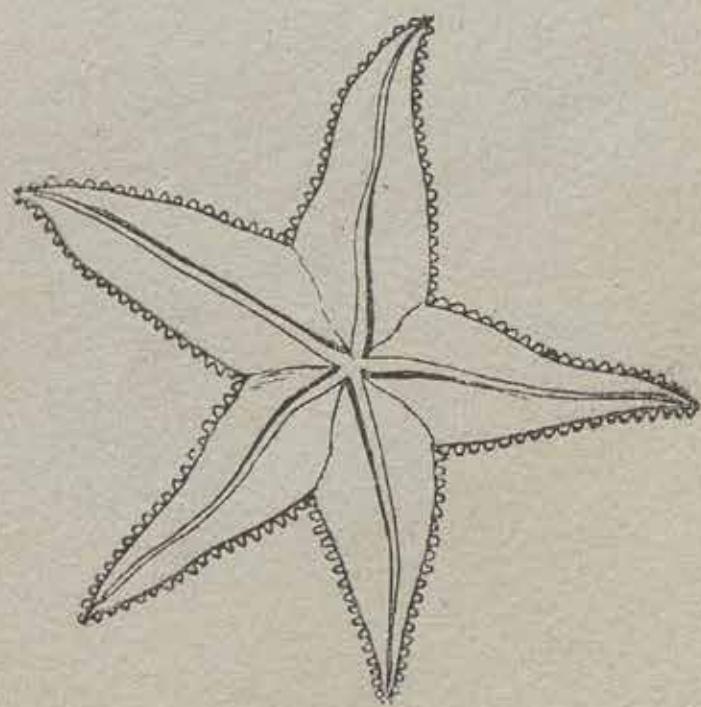
JULY 2025 MARKED THE CENTENARY OF THE BIRTH of Ignacio Aldecoa (Vitoria, 1925–Madrid, 1969), one of the most prominent writers of what is known today as the ‘generation of the 50s’ and unquestionably one of the great masters of novel and modern short story writing in the Spanish language. The exhibition *Ignacio Aldecoa. The Profession of Writing* is dedicated to him.



Ignacio Aldecoa, classmate of Carmen Martín Gaite at university. ACMG, 81,156.

JOSE IGNACIO DE ALDECOA

LIBRO DE LAS ALGAS



MADRID
1949

Libro de las algas,
Madrid: [s.n.], 1949.
BNE, 3/102178.

His early vocation was progressively confirmed during his university years – first in Salamanca and later in Madrid – when he began to contribute to magazines and newspapers of varying scope. His first pieces appeared in the Salamanca magazine *Cátedra* and the Zamora newspaper *Imperio*. After arriving in Madrid, he wrote reviews for classic cookbooks for the magazine *Industria, comercio y alimentación*. He soon decided to devote his life to writing, taking his first steps as a poet as part of the *postista* movement by publishing two collections of poems: *Libro de las algas* (1947) and *Todavía la vida* (1949). As a narrative writer, he is notable for his personal and original style capable of constructing fictional universes that shrewdly reflect the reality around him yet transcend it at the same time. This ‘harsh and touching’ but also ‘sad’ reality can be observed in his main characters, who, despite retaining their uniqueness, become symbols of humans’ struggle to face up to their destiny with dignity.

The late 1940s and early 1950s were years of intense short story production – he wrote more than 50 tales between 1948 and 1956 – which continued until his death in 1969. This extensive output, which appeared in magazines such as *La Hora*, *Correo literario*, *Juventud*, *Guía*, *Alcalá* and *El Español* and in newspapers such as *Arriba*, was later compiled into eight books. The nearly one hundred excellent tales they contain rank among the best Spanish short stories of the 20th century.

... Y AQUI, UN POCO DE HUMO (CUENTO)

Por IGNACIO ALDECOA

Merendar con doña Ricarda fué siempre divertido. Doña Ricarda tomaba su manzana asada, sobrante del postre de la comida, con modales decimonónicos; luego se olvidaba de los modales y chupaba los pellejos hasta dejarlos transparentes. Andrés la contemplaba entusiasmado haciendo bailar la pierna derecha, apoyada la punta del pie en el travesaño de la mesa, esperando que, como una vez sucedió, se le cayera la dentadura postiza. Doña Ricarda decía:

—Come, Andrésito, y estate quieto, que parece que tienes el balle de San Vito.

Andrés comía su pan con miel haciendo que miraba los blocaos de la guerra de Cuba con soldados barbudos, en el tomo de *La Ilustración Iberoamericana*, rígorosamente encuadrado, abierto sobre la mesa. Pero a Andrés no le interesaban los blocaos: a hurtadillas observaba a doña Ricarda.

Después del pan con miel venían las nueces. Los chicos, decía doña Ricarda, para hacerse fuertes, tienen que desayunar café y leche con sopas como los bilbaíos, comer habas con tocino y filetes de cebón con patatas fritas como los leñadores, merendar pan con miel y nueces como los trufles y las ardillas, y cenar puerros, un nuevo duro y chocolate hecho como los centenarios. Si, esto decía doña Ricarda, anciana culta, ordenada y generosa.

Doña Ricarda vivía con su hijo Prudencio, empleado en un Ministerio hacia treinta años, y una sirvienta muy joven llamada Tomasa nacida en Cernéguila, por tierras del Cid. Andrés era vecino y, en vacaciones, sus padres le dejaban pasar a hacer compañía a doña Ricarda. Andrés estaba a punto de hacer el ingreso en el bachiller e iba a un colegio donde enseñaban muy bien Religión, Geografía, Historia, Aritmética y Fútbol. Andrés era feliz en casa de doña Ricarda.

Doña Ricarda al término de la merienda contaba historias. Andrés cerraba *La Ilustración Iberoamericana*, llena de migas y pegotes de miel, y se quedaba con la boca abierta. Las historias de doña Ricarda eran de guerra, de miedo y de resignación. Hablaba de las guerras carlistas, de las de África, Cuba y Filipinas, de la de los alemanes y los soldados del Tigre; hablaba de la muerte, de cómo la muerte llama a las casas cuando quiere entrar o deslizarse tal que un gato o que el viento; hablaba de la resignación que hay que tener si a uno le salen mal las cosas o nunca le toca la lotería o pierde un ser muy querido. Andrés, en casa de doña Ricarda, sentía que todo era mágico, inquietante, misterioso.

El pan con miel y las nueces, acompañados de brasero, de agua con azúcar y del bisbiseo de doña Ricarda, en trance de oración, antes de las historias, sabe a antiguo con un sabor de desvalimiento y ternura, tiene calor de regazo. Andrés se acurruga en sí mismo. Andrés imagina que a los franceses los manda un tío con cabeza de hombre, que África, Cuba y Filipinas son países donde los españoles matan monos y comen plátanos, que las guerras carlistas son una carrera sin parada, de un lado a otro, con un fusil, una manta y unas alpargatas de repuesto. La muerte es una señora muy alta, muy alta, muy delgada, muy delicada, vestida de negro y apoyada en un bastón con puño de muelitilla que le sirve para llamar a las puertas. A la muerte dedicaba cada sesión doña Ricarda cosa de un cuarto de hora.

La muerte –decía doña Ricarda– se las sabe todas. Inventan los médicos, por ejemplo, un medicamento contra la gripe, pues mira. Andrésito, la muerte saca a relucir la disentería. En Cuba mató más de los nuestros la disentería, que es un cólico muy fuerte, que los mambises.

—Oulénes eran los mambises?

Doña Ricarda explicaba teológicamente quiénes eran los mambises.

—Los mambises, hijo mío, eran los príncipes diablos salidos de los infiernos, a los que Dios permitía luchar contra los españoles para probarnos.

El niño hacia con gravedad afirmaciones de cabeza.

—La muerte –según doña Ricarda– llega a la puerta de esta casa, mira si hay signos pintados en la pared. ¿Tú no pintarás en el portal, verdad Andrésito?

Andrésito se escandalizó.

—No, no, doña Ricarda.

—Bueno, la muerte ve si hay signos. Si los hay sube por las escaleras. Se para en el primer piso. Nada. Sigue subiendo. Se para en el segundo. Nada. Sigue subiendo. Se para en el tercero.

El niño le impidió aterrado.

—Doña Ricarda, en el tercero no, que parece que tienes el balle de San Vito.

Andrés comía su pan con miel haciendo que miraba los blocaos de la guerra de Cuba con soldados barbudos, en el tomo de *La Ilustración Iberoamericana*, rígorosamente encuadrado, abierto sobre la mesa. Pero a Andrés no le interesaban los blocaos: a hurtadillas observaba a doña Ricarda.

Después del pan con miel venían las nueces. Los chicos, decía doña Ricarda, para hacerse fuertes, tienen que desayunar café y leche con sopas como los bilbaíos, comer habas con tocino y filetes de cebón con patatas fritas como los leñadores, merendar pan con miel y nueces como los trufles y las ardillas, y cenar puerros, un nuevo duro y chocolate hecho como los centenarios. Si, esto decía doña Ricarda, anciana culta, ordenada y generosa.

Doña Ricarda vivía con su hijo Prudencio, empleado en un Ministerio hacia treinta años, y una sirvienta muy joven llamada Tomasa nacida en Cernéguila, por tierras del Cid. Andrés era vecino y, en vacaciones, sus padres le dejaban pasar a hacer compañía a doña Ricarda. Andrés estaba a punto de hacer el ingreso en el bachiller e iba a un colegio donde enseñaban muy bien Religión, Geografía, Historia, Aritmética y Fútbol. Andrés era feliz en casa de doña Ricarda.

Doña Ricarda al término de la merienda contaba historias. Andrés cerraba *La Ilustración Iberoamericana*, llena de migas y pegotes de miel, y se quedaba con la boca abierta. Las historias de doña Ricarda eran de guerra, de miedo y de resignación. Hablaba de las guerras carlistas, de las de África, Cuba y Filipinas, de la de los alemanes y los soldados del Tigre; hablaba de la muerte, de cómo la muerte llama a las casas cuando quiere entrar o deslizarse tal que un gato o que el viento; hablaba de la resignación que hay que tener si a uno le salen mal las cosas o nunca le toca la lotería o pierde un ser muy querido. Andrés, en casa de doña Ricarda, sentía que todo era mágico, inquietante, misterioso.

El pan con miel y las nueces, acompañados de brasero, de agua con azúcar y del bisbiseo de doña Ricarda, en trance de oración, antes de las historias, sabe a antiguo con un sabor de desvalimiento y ternura, tiene calor de regazo. Andrés se acurruga en sí mismo. Andrés imagina que a los franceses los manda un tío con cabeza de hombre, que África, Cuba y Filipinas son países donde los españoles matan monos y comen plátanos, que las guerras carlistas son una carrera sin parada, de un lado a otro, con un fusil, una manta y unas alpargatas de repuesto. La muerte es una señora muy alta, muy alta, muy delgada, muy delicada, vestida de negro y apoyada en un bastón con puño de muelitilla que le sirve para llamar a las puertas. A la muerte dedicaba cada sesión doña Ricarda cosa de un cuarto de hora.

La muerte –decía doña Ricarda– se las sabe todas. Inventan los médicos, por ejemplo, un medicamento contra la gripe, pues mira. Andrésito, la muerte saca a relucir la disentería. En Cuba mató más de los nuestros la disentería, que es un cólico muy fuerte, que los mambises.

—Oulénes eran los mambises?

Doña Ricarda explicaba teológicamente quiénes eran los mambises.

—Los mambises, hijo mío, eran los príncipes diablos salidos de los infiernos, a los que Dios permitía luchar contra los españoles para probarnos.

El niño hacia con gravedad afirmaciones de cabeza.

—La muerte –según doña Ricarda– llega a la puerta de esta casa, mira si hay signos pintados en la pared. ¿Tú no pintarás en el portal, verdad Andrésito?

Andrésito se escandalizó.

—No, no, doña Ricarda.

—Bueno, la muerte ve si hay signos. Si los hay sube por las escaleras. Se para en el primer piso. Nada. Sigue subiendo. Se para en el segundo. Nada. Sigue subiendo. Se para en el tercero.

El niño le impidió aterrado.

—Doña Ricarda, en el tercero no, que parece que tienes el balle de San Vito.

Andrés comía su pan con miel haciendo que miraba los blocaos de la guerra de Cuba con soldados barbudos, en el tomo de *La Ilustración Iberoamericana*, rígorosamente encuadrado, abierto sobre la mesa. Pero a Andrés no le interesaban los blocaos: a hurtadillas observaba a doña Ricarda.

Después del pan con miel venían las nueces. Los chicos, decía doña Ricarda, para hacerse fuertes, tienen que desayunar café y leche con sopas como los bilbaíos, comer habas con tocino y filetes de cebón con patatas fritas como los leñadores, merendar pan con miel y nueces como los trufles y las ardillas, y cenar puerros, un nuevo duro y chocolate hecho como los centenarios. Si, esto decía doña Ricarda, anciana culta, ordenada y generosa.

Doña Ricarda vivía con su hijo Prudencio, empleado en un Ministerio hacia treinta años, y una sirvienta muy joven llamada Tomasa nacida en Cernéguila, por tierras del Cid. Andrés era vecino y, en vacaciones, sus padres le dejaban pasar a hacer compañía a doña Ricarda. Andrés estaba a punto de hacer el ingreso en el bachiller e iba a un colegio donde enseñaban muy bien Religión, Geografía, Historia, Aritmética y Fútbol. Andrés era feliz en casa de doña Ricarda.

Doña Ricarda al término de la merienda contaba historias. Andrés cerraba *La Ilustración Iberoamericana*, llena de migas y pegotes de miel, y se quedaba con la boca abierta. Las historias de doña Ricarda eran de guerra, de miedo y de resignación. Hablaba de las guerras carlistas, de las de África, Cuba y Filipinas, de la de los alemanes y los soldados del Tigre; hablaba de la muerte, de cómo la muerte llama a las casas cuando quiere entrar o deslizarse tal que un gato o que el viento; hablaba de la resignación que hay que tener si a uno le salen mal las cosas o nunca le toca la lotería o pierde un ser muy querido. Andrés, en casa de doña Ricarda, sentía que todo era mágico, inquietante, misterioso.

El pan con miel y las nueces, acompañados de brasero, de agua con azúcar y del bisbiseo de doña Ricarda, en trance de oración, antes de las historias, sabe a antiguo con un sabor de desvalimiento y ternura, tiene calor de regazo. Andrés se acurruga en sí mismo. Andrés imagina que a los franceses los manda un tío con cabeza de hombre, que África, Cuba y Filipinas son países donde los españoles matan monos y comen plátanos, que las guerras carlistas son una carrera sin parada, de un lado a otro, con un fusil, una manta y unas alpargatas de repuesto. La muerte es una señora muy alta, muy alta, muy delgada, muy delicada, vestida de negro y apoyada en un bastón con puño de muelitilla que le sirve para llamar a las puertas. A la muerte dedicaba cada sesión doña Ricarda cosa de un cuarto de hora.

La muerte –decía doña Ricarda– se las sabe todas. Inventan los médicos, por ejemplo, un medicamento contra la gripe, pues mira. Andrésito, la muerte saca a relucir la disentería. En Cuba mató más de los nuestros la disentería, que es un cólico muy fuerte, que los mambises.

—Oulénes eran los mambises?

Doña Ricarda explicaba teológicamente quiénes eran los mambises.

—Los mambises, hijo mío, eran los príncipes diablos salidos de los infiernos, a los que Dios permitía luchar contra los españoles para probarnos.

El niño hacia con gravedad afirmaciones de cabeza.

—La muerte –según doña Ricarda– llega a la puerta de esta casa, mira si hay signos pintados en la pared. ¿Tú no pintarás en el portal, verdad Andrésito?

Andrésito se escandalizó.

—No, no, doña Ricarda.

—Bueno, la muerte ve si hay signos. Si los hay sube por las escaleras. Se para en el primer piso. Nada. Sigue subiendo. Se para en el segundo. Nada. Sigue subiendo. Se para en el tercero.

El niño le impidió aterrado.

—Doña Ricarda, en el tercero no, que parece que tienes el balle de San Vito.

Andrés comía su pan con miel haciendo que miraba los blocaos de la guerra de Cuba con soldados barbudos, en el tomo de *La Ilustración Iberoamericana*, rígorosamente encuadrado, abierto sobre la mesa. Pero a Andrés no le interesaban los blocaos: a hurtadillas observaba a doña Ricarda.

Después del pan con miel venían las nueces. Los chicos, decía doña Ricarda, para hacerse fuertes, tienen que desayunar café y leche con sopas como los bilbaíos, comer habas con tocino y filetes de cebón con patatas fritas como los leñadores, merendar pan con miel y nueces como los trufles y las ardillas, y cenar puerros, un nuevo duro y chocolate hecho como los centenarios. Si, esto decía doña Ricarda, anciana culta, ordenada y generosa.

Doña Ricarda vivía con su hijo Prudencio, empleado en un Ministerio hacia treinta años, y una sirvienta muy joven llamada Tomasa nacida en Cernéguila, por tierras del Cid. Andrés era vecino y, en vacaciones, sus padres le dejaban pasar a hacer compañía a doña Ricarda. Andrés estaba a punto de hacer el ingreso en el bachiller e iba a un colegio donde enseñaban muy bien Religión, Geografía, Historia, Aritmética y Fútbol. Andrés era feliz en casa de doña Ricarda.

Doña Ricarda al término de la merienda contaba historias. Andrés cerraba *La Ilustración Iberoamericana*, llena de migas y pegotes de miel, y se quedaba con la boca abierta. Las historias de doña Ricarda eran de guerra, de miedo y de resignación. Hablaba de las guerras carlistas, de las de África, Cuba y Filipinas, de la de los alemanes y los soldados del Tigre; hablaba de la muerte, de cómo la muerte llama a las casas cuando quiere entrar o deslizarse tal que un gato o que el viento; hablaba de la resignación que hay que tener si a uno le salen mal las cosas o nunca le toca la lotería o pierde un ser muy querido. Andrés, en casa de doña Ricarda, sentía que todo era mágico, inquietante, misterioso.

El pan con miel y las nueces, acompañados de brasero, de agua con azúcar y del bisbiseo de doña Ricarda, en trance de oración, antes de las historias, sabe a antiguo con un sabor de desvalimiento y ternura, tiene calor de regazo. Andrés se acurruga en sí mismo. Andrés imagina que a los franceses los manda un tío con cabeza de hombre, que África, Cuba y Filipinas son países donde los españoles matan monos y comen plátanos, que las guerras carlistas son una carrera sin parada, de un lado a otro, con un fusil, una manta y unas alpargatas de repuesto. La muerte es una señora muy alta, muy alta, muy delgada, muy delicada, vestida de negro y apoyada en un bastón con puño de muelitilla que le sirve para llamar a las puertas. A la muerte dedicaba cada sesión doña Ricarda cosa de un cuarto de hora.

La muerte –decía doña Ricarda– se las sabe todas. Inventan los médicos, por ejemplo, un medicamento contra la gripe, pues mira. Andrésito, la muerte saca a relucir la disentería. En Cuba mató más de los nuestros la disentería, que es un cólico muy fuerte, que los mambises.

—Oulénes eran los mambises?

Doña Ricarda explicaba teológicamente quiénes eran los mambises.

—Los mambises, hijo mío, eran los príncipes diablos salidos de los infiernos, a los que Dios permitía luchar contra los españoles para probarnos.

El niño hacia con gravedad afirmaciones de cabeza.

—La muerte –según doña Ricarda– llega a la puerta de esta casa, mira si hay signos pintados en la pared. ¿Tú no pintarás en el portal, verdad Andrésito?

Andrésito se escandalizó.

—No, no, doña Ricarda.

—Bueno, la muerte ve si hay signos. Si los hay sube por las escaleras. Se para en el primer piso. Nada. Sigue subiendo. Se para en el segundo. Nada. Sigue subiendo. Se para en el tercero.

El niño le impidió aterrado.

—Doña Ricarda, en el tercero no, que parece que tienes el balle de San Vito.

Andrés comía su pan con miel haciendo que miraba los blocaos de la guerra de Cuba con soldados barbudos, en el tomo de *La Ilustración Iberoamericana*, rígorosamente encuadrado, abierto sobre la mesa. Pero a Andrés no le interesaban los blocaos: a hurtadillas observaba a doña Ricarda.

Después del pan con miel venían las nueces. Los chicos, decía doña Ricarda, para hacerse fuertes, tienen que desayunar café y leche con sopas como los bilbaíos, comer habas con tocino y filetes de cebón con patatas fritas como los leñadores, merendar pan con miel y nueces como los trufles y las ardillas, y cenar puerros, un nuevo duro y chocolate hecho como los centenarios. Si, esto decía doña Ricarda, anciana culta, ordenada y generosa.

Doña Ricarda vivía con su hijo Prudencio, empleado en un Ministerio hacia treinta años, y una sirvienta muy joven llamada Tomasa nacida en Cernéguila, por tierras del Cid. Andrés era vecino y, en vacaciones, sus padres le dejaban pasar a hacer compañía a doña Ricarda. Andrés estaba a punto de hacer el ingreso en el bachiller e iba a un colegio donde enseñaban muy bien Religión, Geografía, Historia, Aritmética y Fútbol. Andrés era feliz en casa de doña Ricarda.

Doña Ricarda al término

LAS CUATRO BALADAS EXTRAÑAS

CRONICA GEOGRAFICA E INGENUA PARA SOÑADORES

Por Ignacio de ALDECOA

Fué así: cuatro juglares venturoso, andarines, cardinales y locos, tropezaron sus vidas en la "Venta de Paja, vinos y comidas" de Pascual Millán, en el cogollo de la Bureba. Venían: el uno, de la temblorosa Galicia, disfrazado de afilador; con una araña gigante disimulada en la rueda del oficio; otro, del rincón con bastones, romántico y esquivo, con cinco medias tunas de haces y un guardián patriarcal; el tercero, de la aventuroso levantina, fingiendo mago, con un alto costal a las espaldas hinchado de buloneras y de chapaletrinas; el último, de los chazos quemados en miseras de Carmona —en la baja Andalucía— a las fiestas bravas y nacionales de Navarra, trinera y joculator, con la caja de limpibobitas en bandolera de indisciplina.

Los cuatro juglares eligieron una mesa sacramental y nervada de fregones, a la orilla del porticillo, cara al campo, cara a la plenitud de la tierra; los cuatro pidieron, sacerdotiales en su pobreza, pan y vino. Después, de sus surriones camineros sacaron la compañía; lardo sacó el gallego, un tocado de acidez; queso el bastonés, reseco de ahorros; palabras el mago, florido de gorroneadas; y, cebollas el andaluz, por frugalidad exótica. Y comieron y hablaron.

Pascual Millán les sirvió un azumbe de vino y una hogaza. Y se contaron sus vidas hasta el atardecer.

Hablaban, como un tránsiego de buen vino, el afilador, que contaba sus desdichas por hijos y sus esperanzas por clementines de maíz. Joven había salido de su tierra a las Américas y tronchado vicio a trabajar, sin más de unos miles de reales en el fondo del baúl; miles de reales que pronto se convieron cuatro bocas que le esperaban, tras las faldas de una mujerica, que parecía hecha de tierra. Harto y desengañado, mejor que enojado, se fui por los caminos con el diminuto juego de infierno de la rueda del afilar. Era el más pequeño, y allí estaba, digno y pobre, recordando para los compañeros hechos y palabras americanas de sonido metálico.

Se distendía en conjunciones el bilingüe segador, apenas entendido y apenas lógico, hasta que se calló, quién sabe si de lo terriblemente que tenía los ojos.

El bulonero hablaba de todo, conocía de todo; hablaba de Portugal, y de África, y de Cataluña. Contaba que su padre fué un hombre de dinero, que se lo había gastado, que la volvió a ganar, que la volvió a perder. Contaba, con palabras caídas en los periódicos, sus viajes, sus negocios, sus enamoramientos. El limpibobitas le miraba fijamente, arobrado, y descanso que terminase para echar su pañuelo. Pero hacía calor y el tosco pesaba y el vino era dormilón y las palabras pirocénicas no encontraban su lugar.

El juglar gallego se quedó dormido, abrándose la cabeza, temeroso de que se la rasbasen; el juglar bastonés se echó hacia atrás, la gorra sobre los ojos, la boca entreabierta, la nariz como una cara turbina absorbiendo el aire, y el cuello curtido, maduro, tendido como un hoz, bueno para sus hoces y quindña. Después de un rato, el mago se tumbó en el banco, cara a la pared, apoyada la cabeza sobre su morral, hundiéndose el cuerpo en su blusón acardillado. Por fin, el limpibobitas, sólo una libélula suave, se saltó a la sombra de los árboles a echarse despreciosamente sobre el tejo, importándole poco la cierta humedad de la tierra, adolescente el estío todavía.

Los cuatro juglares soñaban. El afilador, abigarradamente, con resplandores siniestros de tormenta, con bonitas llamas de velocidad en las altas montañas; se le iba la siesta al bulonero por los paquetes de mercachifleras, por las columnas de monedas, por los castillos de billetes, nuevos, falsos, poderosos y amigos del recelo.

El insecto despreocupado, dormido a pierna suelta, charlaba y alborotaba.

De aquellos cuatro sueños se despertaron pocas cosas: un sobresalto, un minimo frunce de las comisuras labiales, la contracción de una mano, el tecleo instantáneo de unos dedos. No había ningún misterio, sería mentir el afirmarlo, no hubo ningún cambio que prefigurase algo nuevo, aunque remoto, que se acercara o al que nos asomásemos; no hubo ni el correr de un gato, ni la fecundación de una mosca, ni el estampido del canto de un gallo, ni siquiera la precisa expansión fecal de un gorrioncillo. Todo quedó encantado, como en los cuentos honorados e infantiles; todo quedó fijado por un soplo, tal vez por una linternita, en un solo momento. Y así surgieron cuatro extrañas baladas.

Llamo el escritor, más por orden literario que por necesidad, "El murciélagos azul" a la primera. Y es así:

Creo que me senté en un taburete, junto al perro; mi abuelo siempre ocupaba el lugar cercano al gato. En el lar había buena lumbre de matos y seca. Lloría a cántoros. A mí me gustaba oír la lluvia desde el bulardillón, que nos servía de granero; pero me agradaba más oírlo. No me dejaban subir allí, porque allí quedaban las manzanas y temían que me comiera alguna.

Estaba atordecido. Me habían encargado que cuidara el pucherillo. Mi abuelo, dormía o no dormía, ¡qué sé yo! Tenía los ojos cerrados. Los ojos de mi abuelo eran legañosos y atroces, parecían ulceras de las que

se hacen en las manos con el frío y el estío. No tenía pestanas, y el rojo vivo de los párpados contrastaba con la casi falta de color de los ojos, siempre cerrados; por eso nunca se sabía si dormía o no dormía; y éste era por entonces la mayoría de los días mi problema.

Bra un gallegazo que se echó a los carlistas a los diecisiete años y que luego hizo la guerra de Cuba porque le dió la gana, pasada ya la cuarentena. Nunca salió de pobres; hablaba poco y mal; quiero decir que blasfemaba.

Se me estaban yendo los pies hacia el granero, y me fui. Yo, entonces, hacia lo que me daba la gana y pensaba que siempre lo podría hacer. ¡Qué equivocado estaba!

En el granero, lo primero que hacia era descalzarme, luego me echaba sobre el trigo y empezaba a jugarlo, con los pies. Me divertía.

Por el ventanuco se veía llover y un aroma cereal y húmedo me embargaba. Debajo de las tejas, entre las vigas, había infinidad de murciélagos.

Un amigo mío, que ahora tiene una buena hacienda en Puebla, me contó un día que en el mundo hay un solo murciélagos azul, y que aquel que lo cogiese tendría fortuna y bendadura. No sé por qué me dió por eso, y pienso si sería la luz del atardecer o si tal vez fuera mi codicia; lo cierto es que me puse a buscarlo y lo encontré.

Andaba yo revolviendo con las manos bajo las tejas, nervioso y dominado, por lo que hice multitud de goteras, que mis buenas pajas me costaron. Saltan los murciélagos dando gritos y pegandome, en su torso vuelo, con sus harapillas de alas en la cara, y de pronto lo tuve al alcance de mis dedos. Era el más pequeño, podría afirmar que del tamaño de un botón de mi chaqueta. Me acuerdo como si lo estuviera viendo; tenía los ojos rojos y todo él era azul; casi lo cogí. Toda o andaban revolviendo y ninguno que yo viero salió a la temperatura. Andaban revolviendo a saltitos, subiendo una invisible escalera. Y él, sólo él, el murciélagos azul, fué el que se escapó por la ventana. Lo vi como se iba en la lluvia haciendo guindadas, burlándose de mi fortuna. Así estuve mucho tiempo, empapándome de agua y de humedad, y después de tristeza.

Recogí mis aburcos y baje al lado de mi abuelo; el agua del pucherillo hervía y hacia unos ruidos como los chillidos de los murciélagos, y me quedé, junto al perro, medio dormido. Mi abuelo me despertó con la garrota, que no abandonaba para nada, e imaginé que todo lo había soñado. Al día siguiente, cuando mi padre subió al granero, pudo adivinar que no fué un sueño, porque las gotas me costaron lo mío.

El que debió coger el murciélagos azul, en Puebla o en cualquier otra parte, según creyo, fué mi amigo. Y el murciélagos azul bien puede que fuera una americana rica con la que se casó. Yo me pregunto si es verdad la mala estrella desde niños, porque después de lo del granero nada me salió a derechas.

Y sigamos. El escritor afirma que tal vez se deba nombrar a la segunda balada, por razones de lunatismo amoroso y de ensueño, "La flor en la luna". La balada es así:

Bajé a Leucaros.

Buen vino había en aquel tiempo. El mocejo andaba reñuelo y las mozas se pegaban a los ventanas de caborazo. Los bueyes mugían alto.

Lo vi bailando. No sé si fué el vino; tal vez. A él le di muchos y muy buenos golpes. Ellá se marchó a su casa a llorar.

A lo noche, cuando tiraba para el caserío, contando las piedras del camino, se me ocurrió tumbarme en un hechizo. Desde allí la vi; se asomaba por la luna, sonriendo. Estuvimos hablando mucho rato. Las nubes eran sus hermanas y la robaron. Me levanté y seguí adelante. El gáñano ya salía a pastar. Ahí, lo luum, luumaaach!

Uno siente que el romántico segador, muy a su pesar, no contara las vueltas del camino. Uno, como siempre, siente el haberse perdido una vieja balada pirineo, amorosa y sencilla; y sigue también una especie de desilusión, de grave desilusión, que no puede remediar.

El escritor titula a esta otra balada "Viaje a una esmeralda". Y cuando lo ha hecho de este modo, sus razones tendrá. Y gira así:

La habitación de aquella posada los comparten con dos compañeros del oficio. Era alta, largada y queda; digo con esto que no poseía ventana para oír ruidos, ni puerta con montante de cristal para escuchar canciones serviles del pasillo. La habitación gozaba de una soledad de lugar en aquella casa, que yo siempre he de agradecer al arquitecto. La habitación estaba pintada al temple, de color ocre, y con una trepa azul de bastante mal gusto. Dormíamos en camastros. Teníamos lavabos, un lavabo parecido a un insecto y miles de insectos parecidos al lavabo, que trabajaban como él y que pestían con un marcado tono negroz; y un gigantesco crucifijo y dos sillas, la una sana y la otra quebrada.

Aquella noche salimos los tres a formalizar un trato con un oficial vizirero, que nos iba a vender piedras de Bohemia procedentes del kurt. Le compramos tres bolsones de piedras metálicas, en los que abundaban las esmeraldas. Luego formalizamos el trato mediante unas copitas que se sirvió pagar.

Discutimos, según costumbre entre nosotros, si cómo se haría la repartición. Sí que las piedras mezcladas son de difícil cuenta, y por eso les dije a mis compinches que lo mejor era que yo me quedase con las esmeraldas, abonándoles a ellos la diferencia en peso.

Y nos pusimos a separar las esmeraldas de las otras piedras. Yo llevaba la cuenta, por entretenerte, de las piedras, que iba echando en un capazo, pero aquello era aburrido y cansado y hasta digo lánguido. Unas veces tenía la impresión de que contaba dientes, y otras, de que contaba ojos; el vino, ya se sabe, hace esto y mucho más. Eramos tres lapidarios de juguete, tres bellacos jugando a la fortuna falsa de aquellos cristales.

El consorcio, lo tabaco, lo antes dicho, me adorabilaban; y, paradójico, me sentía más ligero y creí que hasta alado.

Estaba solo. La habitación era una esmeral-

da que cuentan. Ellas las ponen nombres tradicionales, pero ridículos; yo les he bautizado con los nombres de los amigos que hubiera querido tener. Y soy feliz.

Cuando me enfado con alguno de ellos me paso una semana sin dirigirle la palabra. Luego me reconcilio, y se acaba.

Una vez, en un pueblo de los alrededores de Madrid (pueblo del que el vecindario tiene fama de ser el más bruto de la Península) me corrieron a pedradas porque decían que estaba loco. La verdad es que, estando sentado bajo un árbol charlando con mis dedos, acerqué a pasar unos muchachos. Digo que acercharon, cuando verdaderamente desacertaron, aunque luego me acertaron con las piedras y con algunas otras cosas. Me rompieron un dedo, al que le tengo asignada una pensión. Es un munitado y hay que conversar con él para entretenerte.

Desde aquel episodio sólo hablo con ellos cuando voy de viaje o por la noche, cuando estamos perfectamente solos. Trabajando, odiando, su conversación me espanta al extremo; niquiero y no me dejarán tomar parte más que en las conversaciones de tono puramente infantil. Así, pues, me voy defendiendo y no tengo por qué quejarme.

Se fueron despertando los juglares. El primero, el gallego, se quitó su turbante de bronce y repuso sus cosas. Se entristeció. Despues, el bastonés; volvió a la realidad con centuplicada cara de payaso y se sonrió, tontolín.

Sobresaltado, el mago, recobrando su calma y su donaire presto, se arregló su blusón con aire de emperador.

Luego entró el andaluz con cara de haber pasado un buen rato.

Pagaron la cuenta. La tarde tenía un tinte litúrgico y noble, que los pájaros matizaban con sus vuelos. Abrió el mago la carriola de su carroja para contar una cuerdilla pendón que le sobraba del costal, y llegó la Semana Santa. Hizo unos ojos con la cuerda y guardó en un bolsillo. Se echó al hombro lo cargo y caminó hacia



la estación. El tren venía lejano y chispeante, y el andaluz se despidió haciendo un beso de su cuerpo. El andaluz caminaba detrás del mago almorzando.

Pidieron más vino el afilador y el segador, el acero y la voz, y se marcharon, con la aturdeida, pensando en los hombres de lo montaña, que de todo tiene nostalgia.

Pasó el tren y se fué con ellos. El levanino, en un vagón de tercera clase, destumbrando al concurso con anécdotas, chismes, tranquilos de boca oratoria y vueltas fénicias, hacia otras tierras donde el comercio es fácil y la gente ingenua. El andaluz en los topes, aprovechando la aturdeida, paseado, ensombrécido, dolido galante.

Al caer la noche, se fué el juglar gallego por la carretera adelante, empuñando su rueda, su carriola abierta, con la pascua del carriollo asomándose por un bolsote del chaleco.

El bastonés se quedó solo contemplando el vuelo del primer murciélagos, el osuno humorístico de la luna, la raya verde sobre las montañas del último reflejo solar, y luego, mordiendo torpemente los dedos sobre las costillas, el vino que delante de sus narices pagaba todo aquello con la moneda de su fortaleza, de su amor, y que tenía una mariposilla sobre nadando de angustia.

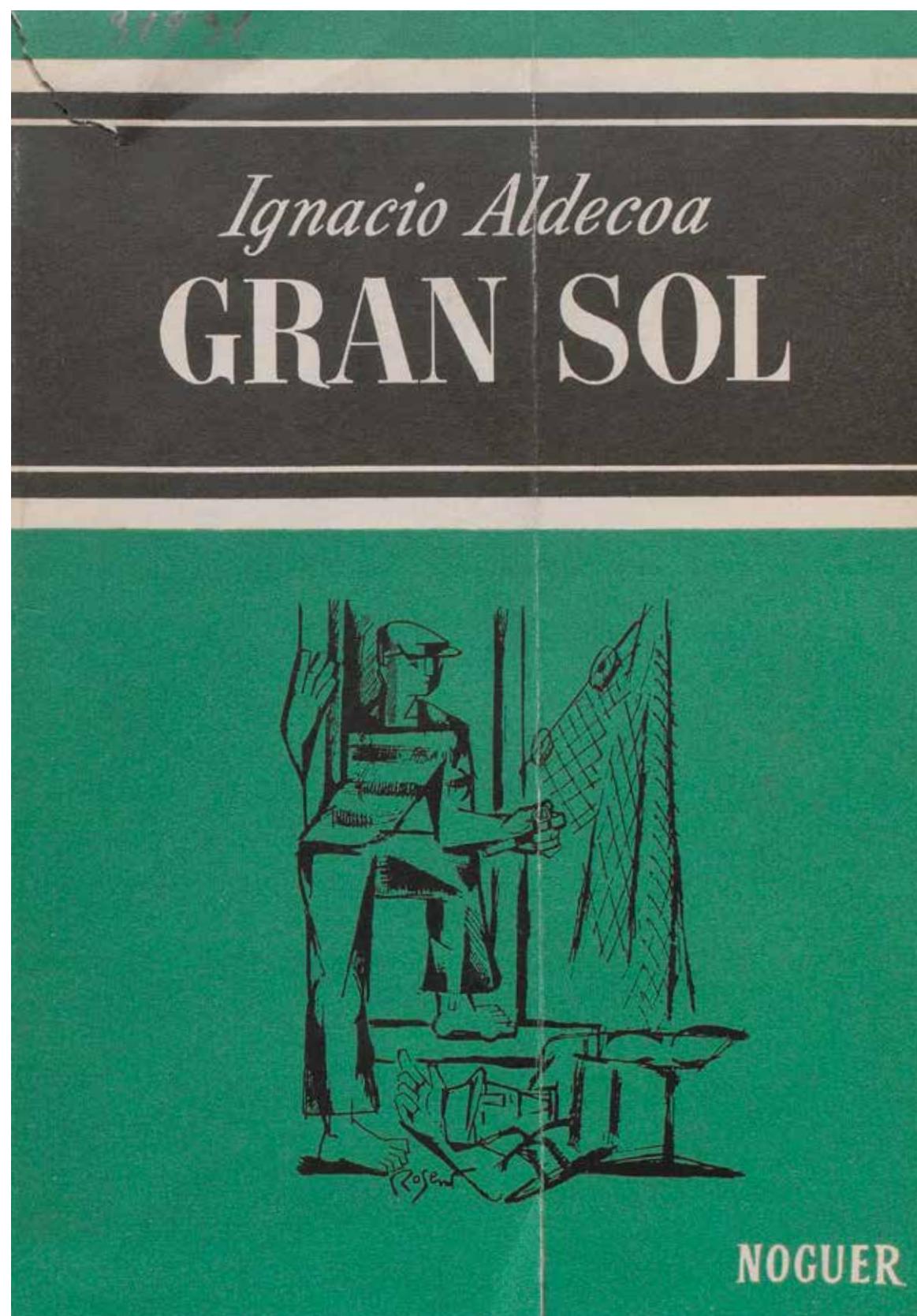
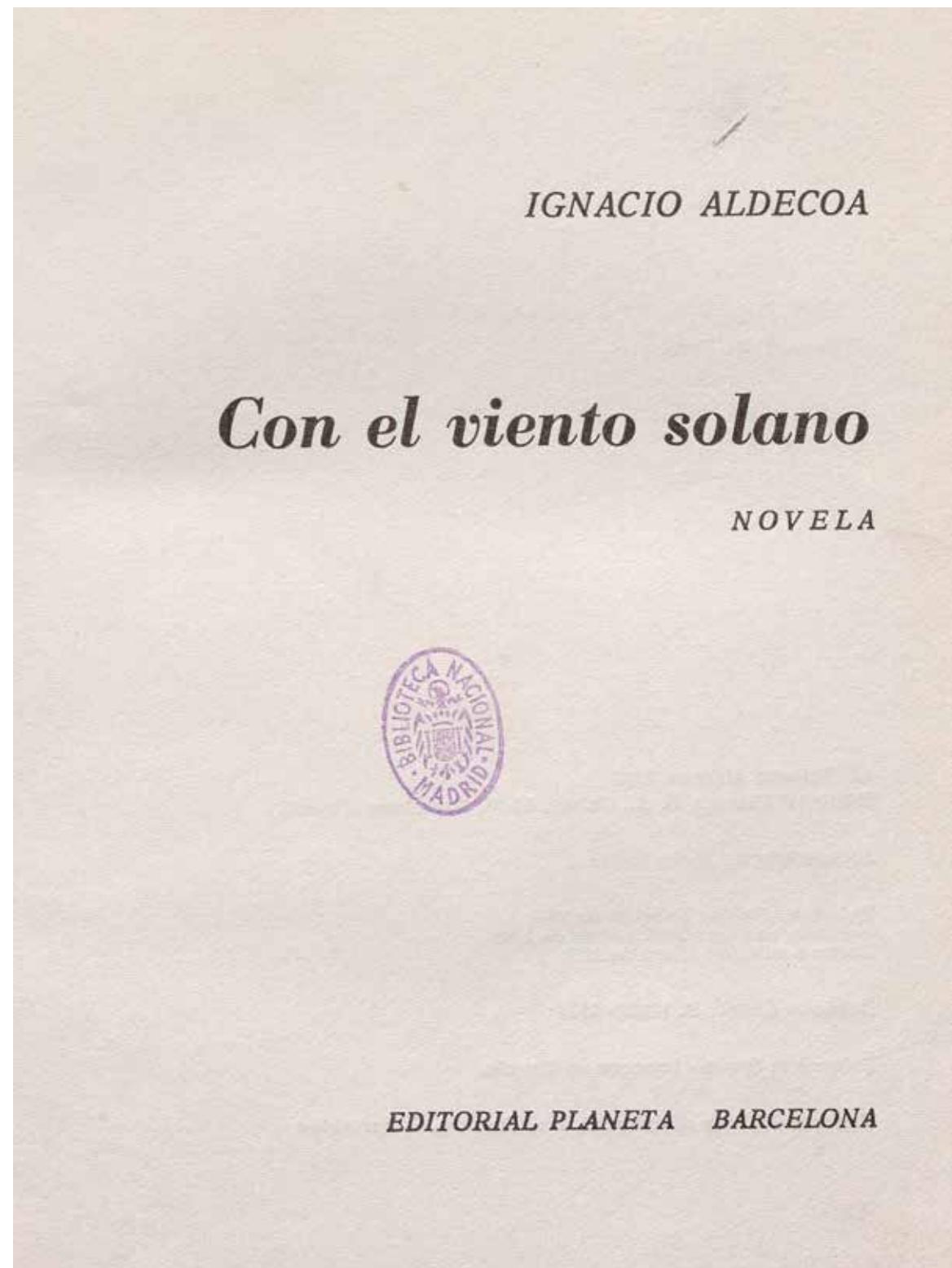
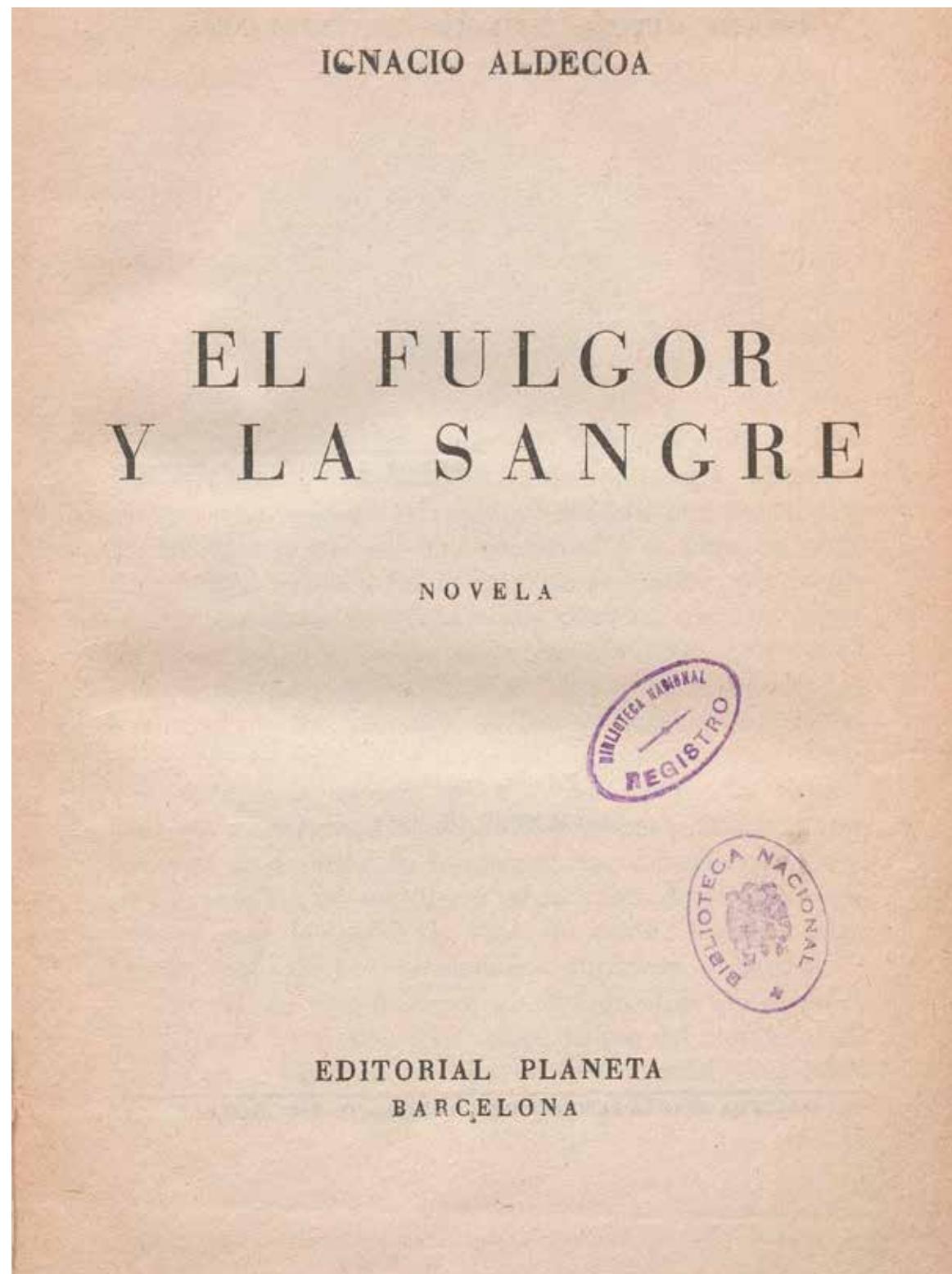
Los cuatro juglares cardinales no se volvieron a encontrar jamás en la "Venta de Paja, vinos y comidas" de Pascual Millán, en el cogollo de la Bureba. El escritor sabe que allí trapezaron sus vidas, que allí comieron y soñaron; sabe que no harán fortuna, que el juglar nunca la tuvo, ni lo necesitó, que osó el amor a su vez, le vendrá el mal, porque el refrán lo dice, y porque así será, como así fué.

1 de diciembre de 1950.—CORREO LITERARIO

by Antonio Rodríguez-Moñino and edited by Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre and Rafael Sánchez Ferlosio. Although a financial flop with a limited distribution, the magazine provided a space for creative freedom, a window onto the world where readers could discover examples of what was being written in Spain and abroad.



Ignacio Aldecoa, with Josefina and their daughter Susana.
ARCM. Fondo Martín Santos Yubero, 12523_2



El fulgor y la sangre,
Barcelona: Planeta, 1954.
BNE, 7/22578.

Con el viento solano,
Barcelona: Planeta, 1970.
BNE, 7/83149.

Gran sol,
Barcelona: Noguer, 1957.
BNE, 7/31931.

This period coincided with the beginning of Aldecoa's career as a novelist. He wrote his first short novel in 1952, *Ciudad de tarde*, which was shortlisted for the Café Gijón Prize and is largely unpublished, and a full-length novel in 1953, *El Gran Mercado*, also unpublished. Three major novels finally came out in 1954, 1956 and 1957 – *El fulgor y la sangre*, *Con el viento solano* and *Gran Sol*, respectively. The first was shortlisted for the Planeta Prize in 1954, which Ana María Matute won that year, and the third was awarded the 1958 Critics' Prize in 1958. *Parte de una*

historia, considered by some critics to be his best novel, appeared in bookshops in 1967. Other texts such as *Los pozos* and *Años de crisálida*, which he was working on when he died unexpectedly, never appeared in print. The author referred to them on several occasions as finished books, though nothing is known about them.



Ignacio Aldecoa in Lanzarote, early 1960s.
Courtesy of Susana Aldecoa, MG/7509.

This exhibition offers a comprehensive overview of the life and literary career of a writer who liked to describe himself as simply a 'storyteller'. It will enable visitors to get to know Aldecoa, from his early years to his establishment as a writer, including his

relationship with cinema and his passion for the sea, travelling and certain places – particularly the islands of Ibiza, Lanzarote and La Graciosa, and New York – bringing to light an essential and fundamental part of Spanish literary tradition and cultural heritage that belongs to everyone.



Ignacio and Josefina in New York, 1958.
Courtesy of Susana Aldecoa, MG/7526.

IGNACIO ALDECOA

THE PROFESSION OF WRITING

From December 18, 2025
to June 14, 2026

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Jorge Juan Exhibition Room
Paseo de Recoletos, 20-22
28071 Madrid

91 580 78 00 – 91 580 78 03/48
info@bne.es / www.bne.es

Monday to Saturdays, 10:00 to 20:00
Sundays and holidays, 10:00 to 14:00

Free admission until full capacity

BNE guided tours: pre-registration required
Group visits, with or without their own guide, 5 to 10
people: pre-registration required
Information and registration at: www.bne.es/agenda

Limited Capacity

Metro: Line 4, Colón and Serrano stations
Buses: 1, 5, 9, 14, 19, 21, 27, 37, 45, 51, 53, 74, 150
RENFE local trains: Recoletos Station

NIPO: 191-25-008-9

Organized by:



AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA

In collaboration with:

araba Álava
foro aldundia diputación foral

Fundación
F-MIGOS

FUNDACION
ACS